

Pero, dentro de él, lo que tiene mayor importancia es la relación entre la organización temática conforme a un modo convencional de tratar los contenidos, y el plano formal de la expresión, pues de su interdependencia nace la codificación específica del género. En cambio la presencia de un tema cualquiera no es relevante, como podemos ver en la de aquellos que se han llamado temas universales y eternos, digamos el amor, en la poesía petrarquista, en la de los árcades, en la novela romántica, en la prosa poética modernista, en el poema surrealista, por ejemplo. Varía la manera de leer el mismo viejo tema porque es objeto en cada caso de un nuevo tratamiento que persigue la expresión de algo distinto.

Aludiendo, al final, a la literatura contemporánea, Corti vuelve a plantear de modo que invita a la reflexión, el problema de la relación entre los hechos sociales y las instituciones literarias. Dice que tanto los géneros como las estructuras retóricas han cambiado, hoy, su "área de pertinencia" como respuesta a un "impulso contracultural de naturaleza reaccionaria", al disminuir su presencia en la literatura de alto nivel, y al perpetuarse abundantemente en textos tales como la novela rosa, la telenovela, los mensajes publicitarios, etc. Estos son textos que se codifican atendiendo al estrato social de los destinatarios, pues simbolizan "todo aquello cuya desaparición está fuera de debate. Aquí la autora, siempre tan explícita, parece dejar al lector la tarea de inferir que simplemente asistimos a la creación de nuevos géneros, y a la definición de un nuevo rostro de la institución literaria.

HELENA BERISTÁIN

Seminario de Poética

WALTER D. MIGNOLO, *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, 383 pp.

El uso del término teoría aplicado al campo de la literatura se puede entender, según afirma Walter Mignolo en el prefacio de su libro, de dos maneras: en un sentido amplio y en un sentido restringido. Cualquiera de las reflexiones que conocemos acerca del fenómeno literario serían ejemplificaciones de este primer sentido de teoría. De particular importancia son las poéticas tradicionales que, a la vez de presentar —ya sea de manera explícita o implícita— una concepción general de la literatura, formulan una preceptiva de la

composición: "las reglas del *bien* hacer, del hacer con arte". A diferencia de estos tratados, en los que hay una concepción del arte literario como "ciencia del hacer", las poéticas modernas aspiran a pertenecer al campo de la ciencia moderna: "la ciencia del saber". En este ámbito se inscribiría teoría en su sentido restringido, es decir analítico, como se le define en la filosofía de la ciencia (pp. 15-16).

A su vez cabría hacer otra distinción de teoría en su sentido restringido. En primer lugar tenemos la teoría general, que en el campo de la literatura sería aquella que "define su objeto buscando explicaciones plausibles del fenómeno literario"; mientras que, por otra parte, la teoría particular o regional define "su objeto buscando explicaciones plausibles de aspectos particularizados del fenómeno literario". En segundo lugar, las relaciones que pueden entablarse entre las segundas y las primeras serían básicamente de dos tipos:

- a) una teoría regional puede formularse sin hacer explícitos los principios de la teoría general (. . .) b) una teoría regional puede formularse como expansión de una teoría general (p. 16).

Esta segunda distinción sirve para precisar con mayor claridad la relación entre teoría general y teorías particulares: "las teorías regionales, sin una teoría general explícita que las soporte, pertenecen al orden de las generalizaciones empíricas" (p. 16), ya que serían producto de "observaciones directas", es decir, "inferencias extraídas a partir de los datos". Por el contrario, una teoría regional del segundo tipo "es el resultado de la derivación de la teoría general", y, por lo tanto, sus generalizaciones no serán de carácter empírico, sino que estarán "reguladas por el ámbito operativo de la teoría general". A través de estas matizaciones, el autor traza los límites entre empirismo y ciencia, y sitúa su obra como el esbozo de una teoría regional del segundo tipo, en cuanto derivación del cuerpo central de una teoría más amplia.

Hay dos aspectos primordiales en la formulación de una teoría: el aspecto sustantivo y el aspecto metodológico. Bajo el primero, cabrían las reflexiones en torno al *objeto* de la teoría (p. 11); planteado en términos más precisos: "qué es lo que debe ser estudiado por la teoría del texto literario" (p. 20). Mientras que el aspecto metodológico estaría ligado con la *forma* de la teoría, es decir la formulación de "un sistema de conceptos" y "la constante vigilancia sobre su pertinencia o adecuación para estructurar los principios generales" (p. 60). Con lo anterior queda claro que existe una íntima relación entre objeto y forma. Es más, no se puede concebir el uno sin el otro, puesto que el descuido de los aspectos metodo-

lógicos podría servir como punto de referencia para cuestionar la propia definición del objeto. Por ejemplo, Mignolo considera que la importancia de la obra de Chomsky en el campo de la lingüística no radica tanto “en la novedad de los conceptos que propone, sino más bien en su gesto de base que consiste en precisar, no sólo el objeto, sino también la *estructura de la teoría lingüística*” (p. 25). Esta preocupación por los aspectos metateóricos se vuelve evidente en el campo de la literatura principalmente a partir de los años setenta, con los trabajos de van Dijk, Ihwe, Schmidt, entre otros. Para ellos, como para Mignolo, el objeto de una teoría de la literatura no es algo dado de antemano y de manera natural. Algunos exponentes de la crítica interpretativa creyeron verlo en las obras literarias mismas. Los formalistas rusos, en un primer intento de abstracción, lo ubicaron en el concepto de literariedad. Sin embargo, como ya se dijo antes, la construcción del objeto no está desvinculada del propio discurso que lo conceptualiza:

la teoría no es una estructura conceptual que se “aplica” o se “proyecta” sobre un objeto existente y externo a ella, sino que el objeto es parte de la estructura conceptual de la teoría (p. 12).

Una breve revisión crítica de la concepción óptica de la obra literaria de Ingarden y la de literariedad de Jakobson conducen a Mignolo a señalar las limitaciones y los problemas que acarrearán las definiciones reales, en cuanto que “intentan captar la ‘naturaleza esencial’ o los ‘atributos esenciales’ de alguna entidad” (p. 41). Tanto Ingarden como Jakobson, al buscar la esencia y la especificidad de la obra literaria respectivamente, pretenden elevar a la categoría de lo universal ciertas características particulares, a la vez que ignoran que esas mismas características están sujetas a los cambios históricos. El autor, por su parte, opta por las definiciones nominales u operativas, “definiciones al interior de un sistema teórico” (p. 41), las cuales “no asumen que las propiedades (atributos) sean inherentes al objeto que es necesario definir, sino que las propiedades son *nombres* otorgados a las *interacciones* de un objeto con el mundo exterior” (p. 46).

Aquí podemos observar un viraje respecto a lo que se había considerado como prioritario en el campo de los estudios literarios, o —para usar el término acuñado por Kuhn— el desplazamiento de un paradigma por otro. Mientras que la preocupación principal de un Jakobson habría sido determinar las leyes immanentes de construcción de un texto artístico, para Mignolo el problema de fondo es rastrear qué es lo que hace que en un momento dado un texto se

asuma como literario. Esto implica ampliar los elementos de la conceptualización. Si en el momento jakobsoniano el interés residía en estudiar las estructuras internas de un texto, ahora la discusión incluye los factores de emisión (escritor) y recepción (público, lector, crítica, etc.) y la doble serie de actitudes en torno a lo que se concibe o se acepta como literario. La pregunta primordial ya no es ¿qué es lo que hace que un mensaje verbal sea una obra de arte?, sino ¿qué es lo que hace que en un momento determinado un mensaje se acepte como una obra de arte? Hemos pasado de la descripción microscópica al estudio macroscópico de la literatura.

Siguiendo a Lotman, Mignolo asume que un texto literario, para ser considerado como tal, debe haber sido preservado como objeto cultural por un grupo social. También incorpora de la semiótica soviética la distinción entre sistema primario y sistema secundario de modelización. El sistema primario es la lengua natural, mientras que en el arte en general, tanto los sistemas semióticos verbales como los no verbales serían ejemplificaciones del sistema secundario. El texto literario "pone en funcionamiento un doble código": el de la lengua natural y un código extralingüístico de carácter normativo.

Vale decir que la producción y recepción de un discurso como literario actualiza un proceso lingüístico y un proceso psicosocial que otorga, al proceso lingüístico una *valencia*; esta valencia otorga a los mecanismos verbales su lugar de pertenencia como miembros de conjuntos discursivos (p. 48).

Basándose en los puntos anteriores, Mignolo postula la diferencia entre discurso y texto. Discurso sería el mensaje verbal efímero. Por lo que toca al texto lo define como: "toda forma discursiva verbosimbólica, que se inscribe en el sistema secundario y que, además, es conservada en una cultura" (p. 56).

Otro concepto de acuñación lotmaniana que desempeña un papel de importancia cardinal en este modelo del texto literario es el de metalengua literaria. Por medio de la metalengua "un tipo de discurso se define a sí mismo, a la vez que se diferencia de otros tipos de discursos, en cuanto procesos secundarios" (p. 44). Este concepto en el desarrollo ulterior de las ideas de Mignolo ha sido rebautizado con el término de metatexto, por lo que nos referiremos a él de esta manera. Como realizaciones de metatexto tenemos tratados específicos, cartas, ensayos o aun las autorreflexiones incluidas en las propias obras literarias. El metatexto produce conceptos de literatura, "cuya variación es indicada por la variación de normas (estéticas, evaluativas, morales, etc.)" (p. 44).

Con estos elementos, Mignolo define el objeto de la teoría del texto literario como el proceso de "conversión de estructuras del sistema primario en el sistema secundario y clasificación en el interior de éste, de un subconjunto particularizado como literario" (p. 67). A este proceso doble lo denomina "proceso de semiotización", mismo que en un principio se presenta dentro del entramado formal de la teoría como una definición operativa, después como el objeto de la teoría y, finalmente, se especifica con mayor exactitud como el modelo objeto de la teoría.

Como habíamos apuntado anteriormente el modelo de Mignolo toma en cuenta los procesos de emisión y recepción. Dentro de este esquema la noción de metatexto funciona como un puente entre ambos. Puede servir para manifestar, en tratados o manuales, la norma literaria vigente en un momento dado; o podría indicar la manera en que un autor quisiera que se leyeran sus obras. Por otra parte el proceso de semiotización no sólo da cuenta de lo que es literario, sino también de lo que deja de serlo. Así es permisible hablar del proceso inverso: el de dessemiotización. Tal sería el caso de las obras que ocupan más bien un lugar en la historia de la literatura que en los estantes de los lectores reales. Es interesante anotar que dos tendencias de la crítica tradicional se rehabilitan al incorporarlas de nuevo al estudio de la literatura, aunque ahora justificadas con una aureola científicista: a) el estudio de la intención autorial y b) la revisión de la vigencia cultural del canon literario, actitud que a veces se asocia con una crítica de tintes moralistas.

Hasta ahora hemos seguido de cerca el proceso argumentativo de Mignolo por definir el objeto de su teoría. Como hemos visto, la escuela semiótica de Tartu, especialmente Lotman, ejerce influencia considerable sobre la parte sustantiva del modelo. En cuanto a los aspectos metodológicos las influencias provienen de los teóricos de la filosofía de la ciencia, entre los que destacan Hempel, Kuhn, Popper, Bunge y Black. Es aquí donde reside la riqueza conceptual del libro, ya que, como sabemos, la teorización no es una característica distintiva de los estudiosos de la literatura en el ámbito de habla hispana, quienes se han interesado más por las investigaciones de orden empírico que por los planteamientos teóricos. En esta primera parte presenciamos la construcción gradual del objeto, desde el planteamiento de un problema, la revisión crítica de otras teorías hasta la formulación de una hipótesis, por lo que su lectura no deja de tener cierta fascinación. Desgraciadamente no se puede decir lo mismo del resto del libro. En los capítulos subsecuentes se exploran y, a su vez, se comparan las diferencias entre estructuras y categorías discursivas del sistema primario y el secundario, se analizan varios casos de semiotización y se bosqueja la configuración del sis-

tema comunicacional. Con esto no quiero decir que estos capítulos carezcan de interés. Más bien pareciera que en estos capítulos Mignolo aventurara respuestas parciales y tentativas a los problemas que se desprenden de su modelo teórico; problemas que además entraña una labor titánica de integración y síntesis. El mismo es conciente de ello al admitir que no está en condiciones de responder a la pregunta "¿de qué manera una aproximación derivada de la teoría puede organizar *los hechos empíricos como datos de la teoría?*" (p. 80).

Para el lector atento saltan a la vista una serie de interrogantes: ¿será necesario contar con una gramática general del discurso antes de enfrentarnos con las estructuras discursivas del sistema secundario? Si el texto literario en tanto que proceso secundario se rige por un código extralingüístico, ¿será paso imprescindible de la interpretación empírica del modelo dar cuenta de sus estructuras lingüísticas? Puesto que todavía no contamos con una gramática general del discurso será inevitable apelar a ciertos modelos lingüísticos que puedan proporcionarnos explicaciones a ciertos fenómenos verbales; lo cual puede acarrear la no siempre beneficiosa migración de conceptos o implicar la incompatibilidad de los principios del cuerpo central del modelo teórico con el fenómeno que se trata de explicar. Un ejemplo elocuente lo encontramos en las páginas dedicadas a la competencia métrica y rítmica. Según Wolfgang Klein "podría hablarse (. . .) de una capacidad métrica innata" (p. 171). Mignolo cuestiona este planteamiento porque en él se mezclan dos niveles, pues se confunde "la capacidad para producir y recibir pautas en los segmentos con la elaboración posterior capaz de describir y clasificar tales segmentos" (p. 172). Le parece más válido hablar de la capacidad "para producir y receptor grupos pautados de sonidos", a la que denomina 'competencia rítmica' y que de acuerdo con Lenneberg sería de naturaleza biológica. Sin embargo, en lo que se hace hincapié es en que la "métrica" es una expresión del metatexto "por cuanto su surgimiento estaría ligado a la 'reflexión' sobre la competencia rítmica, y al cómputo silábico o acentual consciente" (p. 174). La aparición de la conciencia métrica, se podría explicar diacrónicamente y también se podría relacionar con el predominio histórico de ciertos patrones métricos y no de otros.

A mi entender, el modelo de Mignolo incluye dos tipos de problemas que no pueden claramente delimitados. Por un lado, tenemos estructuras discursivas que al semiotizarse se convierten en estructuras textuales. De acuerdo con el estado de los conocimientos actuales, la manera más viable de dar cuenta de ellas sería por medio de teorías lingüístico-discursivas. Por otra parte, cuando se asevera que

el status literario de un texto obedece a la proyección de ciertos valores por parte de los organismos emisores y receptores sobre una realización discursiva, se cuestiona, por implicación, la pertinencia de una descripción del texto en tanto que proceso discursivo. Más que un modelo que dé cuenta de un proceso dual, parecería más conveniente deslindar dos áreas de problemas: a) una que en términos de matriz disciplinaria perteneciera al campo de los estudios lingüístico-discursivos y que enfocara el problema de la relación entre discurso y texto, en tanto que fenómenos verbales y b) otra de carácter interdisciplinario, que atacara el problema de la inscripción de un texto como literario, considerando las interacciones del metatexto y los elementos emisores y receptores del sistema comunicacional.

En la primera zona de estudio sería de alguna utilidad reconsiderar el valor heurístico del modelo de Jakobson, entendido éste no como una teoría que intente delimitar de manera plausible su objeto de estudio, sino como una representación conceptual esquemática que nos permita entender la organización interna de algunos procesos verbales. Al aseverar que la poética de Jakobson es "un modelo que permite describir y explicar ciertos fenómenos lingüísticos" (p. 40), Mignolo no saca todo el provecho que debiera de sus propias palabras.

Cuando analiza unos poemas de Neruda, recurre a la noción de paragrama para explicar la "super-articulación que opaca el significado o lo desplaza" (p. 117). El paragrama fue empleado por Saussure "para designar un conjunto de fenómenos que, localizados en el lenguaje, eran, sin embargo, irreductibles a los principios de la lingüística" (p. 111). Siguiendo parcialmente a Kristeva, Mignolo nos dice que el paragrama se puede reinterpretar como "el conjunto del lenguaje poético concebido como una *especialización* y un tipo especial de relación entre secuencias, que lo distinguen de la organización lineal, significado-significante, implicada por la concepción del signo lingüístico" (p. 111). Entre los ejemplos que nos ofrece, están unos versos de "Barcarola" de Pablo Neruda:

esparcido en desgracias y olas desvencijadas:
de lo sonoro el mar acusa
sus sombras recostadas, sus amapolas verdes (vv. 29-31)

frente a una nueva noche,
llena de olas,
y soplaras en mi corazón de miedo frío,
soplaras en la sangre sola de mi corazón
soplaras en su movimiento de paloma con llamas (vv. 34-48)

Mignolo reescribe algunas palabras de esta manera: / amap (ola)s / y / p (alo) mas /. “En la primera reconocemos, entre paréntesis, una palabra, *ola*, y, en la segunda, la misma palabra con la posición invertida de las vocales, *alo*” (p. 113). Por lo que encontrar *olas* en el primer verso del ejemplo uno y también en la segunda línea del ejemplo dos parezca menos abrupto. Habría más casos en: / s (o) p (la) ras /, / s (ola) / y el mismo título del poema: / Barcar (ola)/.

Mignolo subraya que las conexiones paragramáticas se “superponen” a nuestro conocimiento de la lengua (p. 116), y que una representación tabular de ellas permite destacar “que se superponen a la representación lineal discursiva” (p. 117), es decir se organizan espacialmente. Aun cuando Mignolo etiqueta el modelo de Jakobson como lingüístico, son las nociones jakobsonianas de equivalencia y equivalencia sobrepuesta a la secuencia las que podrían de manera más satisfactoria dar cuenta de fenómenos “extralingüísticos” como las conexiones paragramáticas. Es más, entre los comentaristas de la obra de Jakobson, Roger Fowler ha señalado que los análisis “transforman los poemas líricos en formatos espaciales”. * Por lo que me atrevería a añadir que cualquier tipo de recurrencia observable en un texto literario puede ser explicada por el modelo jakobsoniano.

Ya hemos mencionado la importancia del libro en tanto que ofrece una teoría sólida y coherente que nos permite entender la conversión del no-texto en texto y la especificación cultural de éste como literario. También hemos indicado el rigor metodológico de los planteamientos de Mignolo. Aunque aquí cabría señalar la poca fortuna de varios de los términos que él introduce; términos tales como semiotización, metalengua, figuralidad, etc., que aun cuando están claramente definidos, no dejan de asociarse con otros términos, idénticos o semejantes, que denotan conceptos distintos y, que, además son de uso corriente en el campo de la lingüística y la literatura.

Pero estos reparos no nos deben ocultar los méritos indiscutibles de la obra. Aparte de los de orden teórico ya mencionados, quisiera referirme a su utilidad práctica. Creo percibir una actitud pedagógica por parte de Mignolo. Por un lado, tanto la extensa bibliografía como las numerosas notas aclaratorias indican no un gesto de erudición del estudioso que se preocupa por el “crecimiento del curriculum”, sino la intención franca por ofrecer un mapa más o menos detallado de los obstáculos metodológicos, con que uno fre-

* Roger Fowler, “preliminaries to a Sociolinguistic Theory of Literary Discourse”, *Poetics* 8, 1979, p. 538.

cuentemente se encuentra al emprender la construcción de un modelo teórico. Por otra parte, el libro pretende ofrecer una visión de conjunto de algunos de los problemas más debatidos actualmente en el campo de los estudios literarios.

Creo que el valor primordial del libro es volver a introducir una conciencia histórica al estudio de la literatura. Toda vez que ha menguado el prestigio de los planteamientos teóricos inmanentistas como el de los enfoques críticos objetivistas, se hacía necesario relacionar las interacciones de la obra literaria dentro de un esquema comunicacional. El planteamiento central de Mignolo nos permite entender que lo que se asume como literario es en términos diacrónicos variable y relativo. De ahí la importancia y la utilidad del concepto de metatexto, ya que por medio de él nos encontraremos en condiciones de contrastar intertextualmente la forma literaria prevaleciente en un momento dado con las obras que se apeguen a ella, o la aparición del cambio con la ausencia de los mecanismos decodificadores adecuados para comprenderlo.

La utilidad del metatexto no se circunscribe al mejor entendimiento de fenómenos literarios concretos, sino que también se puede aplicar para arrojar luz sobre la relación que guardan las "teorías" literarias con la literatura de su tiempo. Cuando Mignolo cuestiona la capacidad explicativa de los enfoques esencialistas, lo hace no sólo porque encuentra grietas de orden metodológico, sino porque siente que en los planteamientos basados en definiciones reales se confunden los dos sentidos de la palabra teoría (p. 45). Si observamos los argumentos de Jakobson en "La nueva poesía rusa" (1919), veremos que a la vez que se trata de delimitar el posible objeto de una ciencia de la literatura, se trata de justificar y parcialmente explicar la poesía vanguardista del momento. Es decir, el libro de Jakobson es a la vez el esbozo de una teoría y el metatexto de un tipo particular de poesía, la transmentalista de Jlébnikov. Tendríamos otro caso similar en la nueva crítica anglosajona y la poesía de Eliot y Pound. Más por éstos ejemplos no debemos pensar que la "teoría" entremezclada con con el metatexto es sólo aplicable a las vanguardias literarias. Si nos remontamos al inicio clásico de las reflexiones sobre la literatura en Occidente, podremos apreciar que Aristóteles, al decirnos en *La poética* que el mejor tipo de estructura trágica es la fábula compleja, en que se combinan peripeteia (cambio de fortuna) y anagnórisis (reconocimiento), no sólo está describiendo de manera "objetiva" los elementos de la tragedia sino que deja entrever su parcialidad por las otras de Sófocles.

JORGE ALCÁZAR BRAVO